

Israel Campos

**CRANEOBURLÓN,
SU TESORO Y PIRATAS EN
ACCIÓN**

© 2022, Israel Campos

© 2022, Alexia Editorial, S. L.

Primera edición: marzo de 2022

ISBN: 978-84-123628-4-8

Depósito Legal: M-5056-2022

Realización gráfica: Laura Morales Balza

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

*Para Lucas,
el pirata más guapo de los Siete Mares.
Y para Silvia, mi eterna capitana.*

Cuenta la historia que hubo un bucanero fiero y malvado como él solo. Todos los piratas lo temían y era el terror de cuantos mares surcaba con su barco, acompañado de su tripulación de piratas. Baldomero era su nombre...

EN EL SALMONETE BAILÓN SE SIRVE EL MEJOR RON

—¡Posadero, una jarra de ron! —gritó un tipo desde una de las mesas, alzando la suya, que debía de estar vacía.

—¡Va! —respondió el posadero, descorchando una de las botellas.

Aquella tarde había sido muy tranquila en la taberna *El Salmonete Bailón*. De hecho, bien mirado, sólo hubo tres peleas, cuatro disparos —uno de ellos casi dio a una mosca que pasaba por allí— y un par de duelos a espada (que al final tuvieron que dejar porque a los espadachines se les cansó el brazo).

El dueño de la taberna era un señor mayor de pelo blanco, barba larga y rostro bonachón. Y todo un experto en servir jarras de ron acompañadas de cacahuets, panchitos y aceitunas. De vez en cuando,

su nieta de diez años, Violeta, lo ayudaba sirviendo comidas o jarras, pero él quería lo mejor para ella. Por eso le decía que debía ir a la escuela, para aprender a leer, escribir, contar y ser una persona de provecho.

—¡Hola, abuelo! —saludó Violeta nada más abrir la puerta—. ¡Ya he vuelto!

—¡Hombre! Tienes la cena preparada. —Señaló una de las mesas—. ¿Qué tal esas luchas de piratas?

—¡Estupendas! ¿Y sabes una cosa?

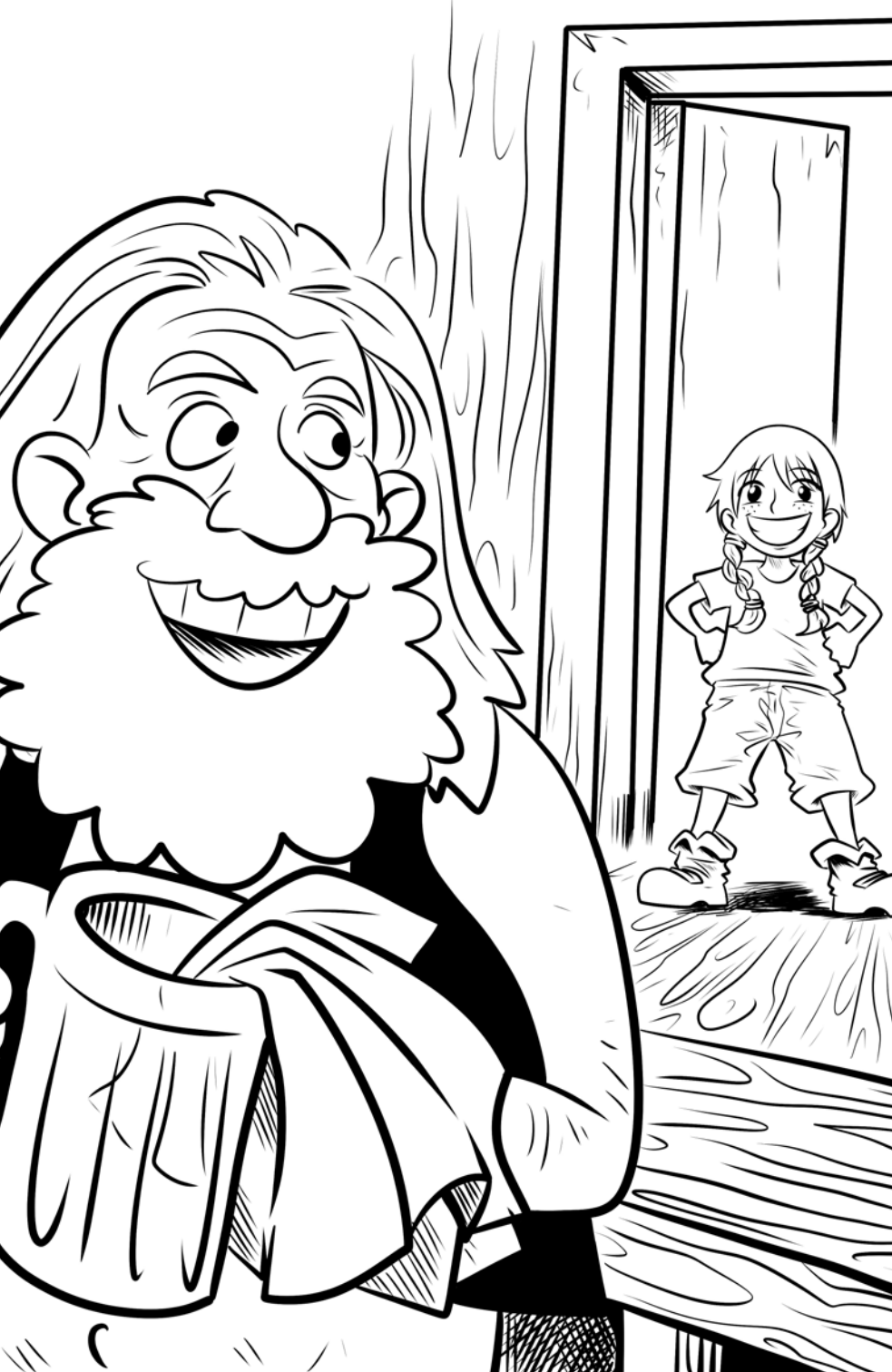
—¡Huy, no me lo digas! Has vencido al pobre Jaime.

—¡Sí! —contestó Violeta mientras probaba un poco de la ensalada que su abuelo le había preparado—. ¡La pirata Violeta sigue siendo el terror de los mares!

—¡Como si lo viera! Vosotros y vuestros juegos de piratas... ¿Es que no os cansáis?

—¡No! —dijo Violeta con la boca llena—. ¡Jugar a ser piratas es lo más divertido! ¡Son valientes, tienen barcos enormes y viven muchas aventuras!

—¡Posadero, dos vasos! ¡Uno, con hielo y una rodajita de limón! —berreó otro cliente desde una



esquina—. ¡Por las gambas del océano, tengo tanta sed que me bebería el mar, con sal y todo!

—¡Ya va! Mmm. —El abuelo torció el gesto mientras llenaba los vasos—. Ya sabes que no me gusta que te gusten tanto los piratas, jovencita. Recuerda lo que siempre digo: allí donde hay un pirata, siempre hay más. Y muchos piratas...

—... significan muchos problemas —terminó Violeta. Y es que al abuelo los piratas no le hacían mucha gracia, pero a ella le encantaban, porque vivían muchas aventuras peligrosas, encontraban tesoros y usaban garfios y parches.

—Pues eso mismo. A ver si haces otras cosas, como, por ejemplo, leer libros.

—¿Libros de piratas? —preguntó Violeta mientras partía su rodaja de salmón—. ¡He oído que hay uno que trata de unos hombres que buscan una isla con un tesoro!

—¡Ay, qué niña! —se quejó el abuelo mientras ponía las jarras en una bandeja, listas para servir—. Anda, acábate la cena. Y a dormir.

Violeta sonrió y, obediente, empezó a comer.

TERMINANDO LA CENA, LLAMAN A LA PUERTA

La taberna se vació. El abuelo terminaba de barrer y fregar para que, al día siguiente, todo estuviese como los chorros del oro.

—Voy a tirar la basura al callejón —dijo—. No tardo. Y cómete la fruta.

—Muy bien —contestó Violeta.

El abuelo se marchó. Entonces, llamaron a la puerta.

TOC, TOC, TOC.

Violeta sonrió. ¡Seguro que el abuelo se había olvidado de nuevo las llaves!

TOC, TOC, TOC, TOC.

—¡Ya voy! —dijo. Y abrió la puerta.

Pero no era el abuelo.

EL EXTRAÑO, EL PERGAMINO Y EMPIEZA EL LÍO

Un hombre alto, envuelto en una capa y con el rostro tapado por un pañuelo, estaba en la puerta. Violeta dio un respingo. El extraño, sin decir nada, recitó:

*El pirata en su barco
por el mar navegó.
¡Pom, pom, pom!
Él y sus amigos
el tesoro enterró.*

Violeta, sin moverse del sitio, se lo quedó mirando unos segundos. Hasta que, al fin, reaccionó:
—¿Quién... quién es usted? ¿Qué quiere?
El extraño miró hacia atrás, como si lo siguieran.
—¿Es esta la taberna El Besugo Respingón?
—N-no...

—¿Ah, no?

—No —contestó Violeta—. Se llama El Salmo-
nete Bailón.

—Sí, eso —dijo el otro. Y volvió a mirar hacia
atrás—. Bueno, lo he traído.

—¿El qué?

—Eso.

—¿Eso? ¡No veo nada!

—Porque lo tengo guardado.

—Pero ¿el qué?

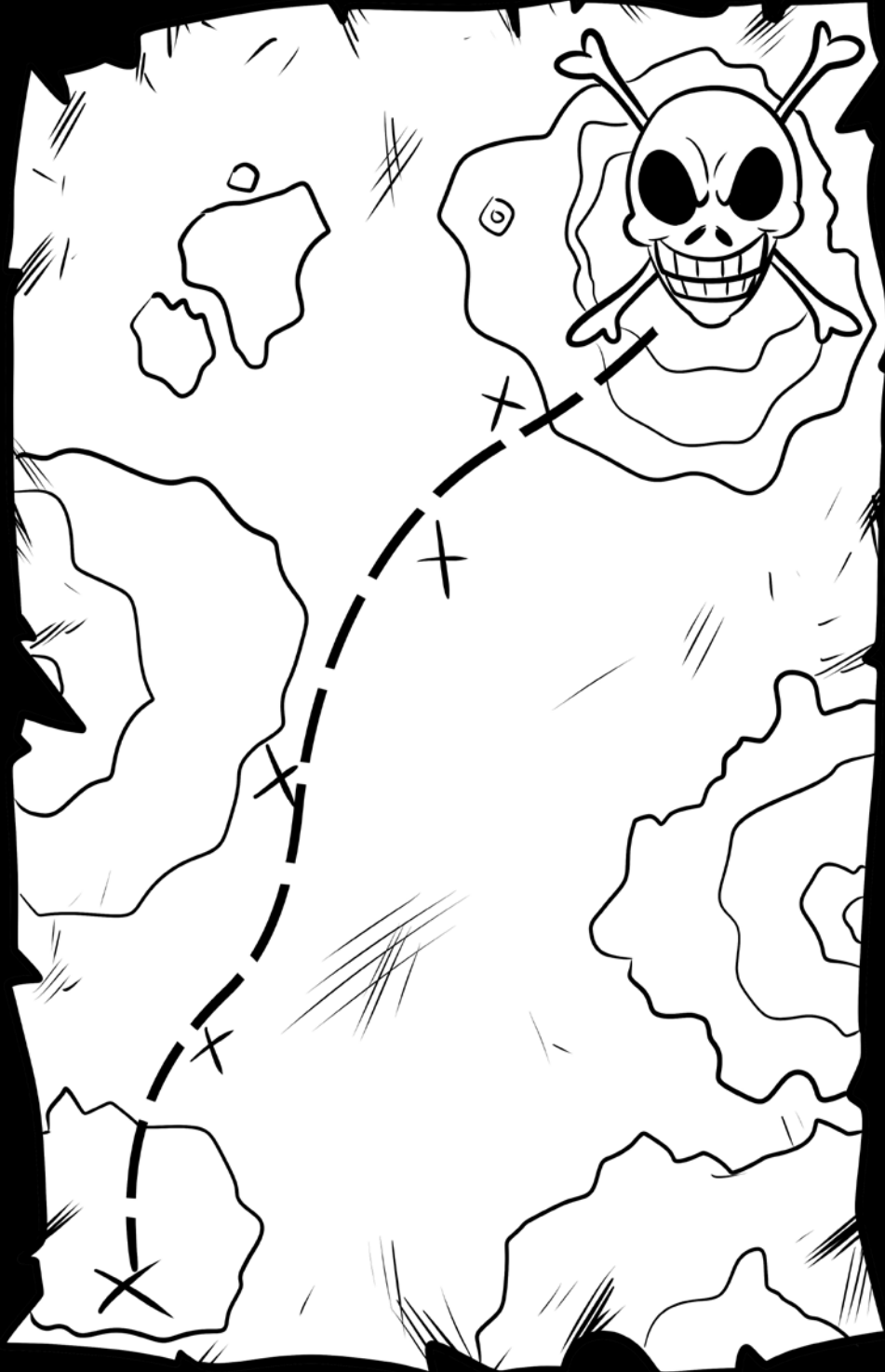
—Eso.

—¿Eso?

—Precisamente. A mí que me registren —dijo
el extraño. Entonces, buscó en uno de los bolsillos
bajo la capa y sacó un pergamino. Se lo tiró a Vio-
leta—. Me voy con viento fresco.

Y eso hizo: irse. Y mientras se perdía en la oscu-
ridad, seguía mirando a un lado y a otro. Violeta,
por un momento, no supo qué hacer. Al fin, ce-
rró la puerta y contempló el pergamino, que había
quedado en el suelo. Lo cogió y lo desenrolló.

¡Era un mapa!



En la esquina superior derecha había dibujada una calavera sonriente con dos huesos que la atravesaban, en forma de aspa. A lo largo de una línea de color rojo, muchas cruces de color morado que no tenían nombre salvo la primera, que decía «Para empezar, en la Isla del Abejorro deberás desembarcar. Busca la celda cuarenta y siete y allí estará».

La calavera, con aquella sonrisa, parecía burlarse de ella.